



"Londres.—Grandiosa manifestación femenina para pedir al gobierno que utilice el trabajo de las mujeres en la fabricación de municiones." 1915, n.º 1.755, p. 556.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Y ¿de qué otra cosa habríamos de hablar? No hay, en este momento, más preocupación ni idea dominante que la guerra.

Ante su aparición apocalíptica, todo se ha borrado, todo ha pasado a segundo término: los socialistas se han acordado ¡por fin! de que la patria existe, que no es un fantasma de ideas, sino una realidad tangible, entrañable, inmediata; los bolsistas y negociantes han temblado y se han escondido, despavoridos en el desván; los acaparadores han abierto el ojo; las sufragistas han suspendido sus campañas, sus propagandas por el hecho y por el derecho; las señoras elegantes se han encontrado sin modisto y sin sombreros *chic*; Francia es un campamento, no una tienda de frivolidades; los balnearios se cierran, los hoteles no tienen pan y manteca para los desayunos, y, en la inmensa angustia de la catástrofe, la vida misma sufre una interrupción, un paréntesis que, abierto ahora, no se sabe cuándo se cerrará...

Caso igual no lo registra la historia. Los Archiducos herederos del trono de Austria podrán, si en las regiones de ultratumba se conocen vanidades, envanecerse de que sus funerales han sido señalados por una estela de sangre y horror, al lado de la cual son pan pintado y azofritas los incidentes que ocurrieron en las de Patrolo, Aquiles, Alejandro y Atila o en las bodas de Doña Lambra:

Matáronme un cocinero
so faldas de mi brial:
si esta afrenta non vengades
yo mora me iré a tornar.

Sin duda la tragedia de Sarajevo fué sólo la chispa que delató la hoguera escondida (no tan escondida); pero el caso es que, la víspera de caer los Archiducos, los por las balas, después de haber salvado de las bombas, de cien personas que discurrían acerca de las probabilidades de guerra universal europea, sesenta o setenta alzarían los hombros, y con sonrisa de optimismo y tono de buena información, repetirían:

«No, no hay que preocuparse por esa contingencia...»

«Alemania no realiza sus enormes aprestos sino al objeto de mantener la paz...»

«Sería tan espantoso el conflicto que nadie lo arrostra...»

«Se tientan la ropa porque saben que eso llevaría envuelta, quizás, la ruina de todas las naciones, no de una solamente...»

Así es que dormían tranquilos; y, entretanto, sorda, subterránea, avanzaba la guerra, esa «guerra fatal» que los novelistas, con su don de adelantarse a los acontecimientos, venían ya fantaseando, en narraciones curiosas, y más o menos artísticas; pero sugestivas, interesantes. Y las sonámbulas predecían y, sin recurrir al sonambulismo, los que reflexionaban comprendían que tantos armamentos y tantos millones de hombres dispuestos a la campaña y tanto *dreadnought* y tanto torpedero y tanto explosivo y tanto aeroplano, no eran a humo de pajas.

Yo misma — aun persuadida de que la guerra sobrevendría en plazo más o menos largo, como dije ha poco, antes que estallase, en una crónica, creo que para el gran diario bonaerense *La Nación* — confieso que tenía mis momentos de duda, porque en verdad el conflicto era de los que ponen pavor en el ánimo, y no parecía verosímil que las naciones no sintiesen ese pavor, paralizando sus arranques y sus energías.

Los profanos no veíamos algo, que sin duda conocerían los técnicos: el peligro de Alemania al demorar la explosión.

— Madruga, Pedro, madruga, les diría, en términos menos castizos españoles, la verdadera prudencia, la que no inhibe, sino que empuja, llegado el momento propicio y que ha de pasar rápido.

Si Alemania no se precipita a la lucha, los aprestos rusos estarían terminados, y las probabilidades del triunfo, serían menores o nulas. Adelantarse ha sido siempre práctica de expertos capitanes, y aunque el Kaiser, que se ha pasado la vida militarizando, no ha guerreado, no puede ignorar este principio, antiguo sólo porque ya lo conocían y practicaban Alejandro, Aníbal, César y Hernán Cortés.

Por segunda vez, en espacio que no llega a medio siglo, van a ver los franceses invadido su territorio; van a sentir el tacón de la bota prusiana, pisoteando este jardín del mundo, esa tierra tan bien cultivada y fértil, mitad de la riqueza de la patria, siendo la otra mitad la gentilísima industria y el brillante comercio.

No puedo menos de dolerme de la suerte de Francia, habiendo seguido, con el interés vivo e ingenuo de la primera juventud, sus desventuras de 1871, y temido las que ahora caen sobre ella, al ver el giro de su política y de su vida interior, desde aquella magna catástrofe. Parece que de ella debieron deducirse enseñanzas y lecciones muy duras y severas, pero muy tónicas; por desgracia no fué así, sino que un sentido suicida llevó a Francia por derroteros que siempre han costado los abismos, de los cuales no se sale, o se sale para arrastrar una existencia penosa.

Lo que ha defendido, protegido a Francia, ha sido su sabia economía, sus reservas considerables de numerario. No precisamente porque el dinero sea el remedio ni el preservativo contra los azares de la guerra, sino porque en donde se economiza, donde tanta gente es rentista en pequeño y propietario en pequeño, es más difícil que se produzcan estados revolucionarios, desórdenes que comprometan la seguridad y la estabilidad nacionales. La *Commune* no desmiente esta verdad. La *Commune* surgió de un momento de desesperación. No hubiese podido durar ni llevar a la práctica sus bárbaros ideales. La hubiese sofocado, como la sofocó, el sentido práctico de una nación que lo tiene, aunque a veces «mayormente» — como diría el autor de *La Verbena de la Paloma* —, no lo parezca.

Y ¿qué le espera a Francia? Después del aplastamiento en tres semanas que se promete el enemigo, ¿qué sucederá? ¿Qué rescate van a exigirle? ¿Cuál de sus hermosas provincias va a caer en manos de Alemania, para hacer compañía a las dos de los crespones y el lazo-mariposa, constante ¡ay! de los patriotas franceses? ¿Será cierto que, de esta vez, se queda Chanteclair sin una sola de sus arrogantes y tornasoladas plumas?

Y nosotros, en todo ese revuelto y colosal maremagnum, ¿qué pintamos, qué hacemos? ¿Qué consecuencias tendremos que afrontar? ¿Será cierto que estamos libres, que no hemos adquirido compromiso alguno, que no pueden alcanzarnos sino casuales y lejanas salpicaduras? Y caso de ser cierto (no hay nunca entera seguridad de lo que dicen los políticos) ¿es bueno que así suceda?

Bueno, por lo pronto, quién duda que lo es; mientras el mundo arde en guerra, nosotros, no sin emoción, pero sin riesgo, leemos las confusas y contradictorias noticias, las comentamos, las desmenuzamos, forjamos hipótesis, y hacemos votos por el triunfo de aquellas potencias que nos son más simpáticas.

Hasta lisonjea un tanto nuestro orgullo nacional el saber que el franco vale ahora menos, mucho me-

nos que la peseta. ¡Cuando lo habíamos pagado a 30 por 100 y a otros precios locos!

Pero más allá de la bonanza que disfrutamos (sin estar ciertos de que será duradera) hay el porvenir, lo que de las grandes colisiones se forma y brota sobre las ruinas. ¿Qué nos prepara el porvenir? ¿Qué ganamos, qué perdemos en esta lucha jamás presenciada, en este combate de los gigantes asaltando el cielo?

Incógnita. ¡Y se dirá que hoy el pueblo se gobierna a sí mismo! Riámonos de tal afirmación. Hoy, como siempre, el pueblo es gobernado y conducido con espesa venda, como ciego a quien la luz molesta en los doloridos ojos, hacia destinos que ignora, mediante tratados que no conoce; y así camina, lo mismo a la larga aventura de Marruecos, que a las eventualidades de algo que se estipuló y que habrá que cumplir. Porque suponer que potencias ambiciosas y calculadoras y que se dirigen a un fin apartando obstáculos, han de sumarse a nosotros en lo que quiera que sea sin sacar tajada a su boca, es pensar en lo imposible: Nosotros, probablemente, cargaremos con algún mochuelo, nos tocará bailar con alguna muy fea. Y eso es lo que nos trae el corazon metido en un estuche.

Entretanto, estremece calcular qué estará sucediendo en tantos países, ayer prósperos, abundantes, bien bastecidos de todo. Francia — ¡pobre Francia! — que tan admirablemente explotaba el suelo fecundándolo con su trabajo, no tiene aún recogida la cosecha. ¿La recogerá? ¡Nuevamente la invasión, la invasión! Las abuelas recuerdan que, de mocitas, tuvieron que escanciar vino a los prusianos. Las nietas habrán de escanciárselo otra vez...

Il faut marcher! Resignada y triste, Francia sale a campaña, moviliza su ejército. Según opinión general, se opondrá en vano a la irrupción del enemigo, que se precipita sobre París... como en 1871. Sólo que, esta vez, la última palabra han de decirla Rusia e Inglaterra. Arminio pelea solo, o casi solo, contra una coalición potente. Italia, con femenina inconstancia, le abandona; Austria, que no puede ni con Serbia, de poca ayuda le valdrá. El Japón le hace muecas amenazadoras. Y Francia, Inglaterra y Rusia ya han apretado la lanza y aflojado la rienda. El coloso germánico se revuelca, a dentelladas, acometiendo, resistiendo, como jabalí en la selva...

¡Momento trágico entre los trágicos que la memoria humana puede evocar!

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.



"Barcelona.—Repatriados españoles procedentes de Francia acampados en el paseo de Isabel II y que fueron transportados a sus respectivas provincias, después de haber sido convenientemente socorridos por el Ayuntamiento, el Gobernador Civil y la Junta de Protección de la Infancia (De fotografía de nuestro reportero A. Merletti.)" 1914, n.º 1.704, p. 571.